

Esta obra ha sido publicada con la ayuda de
la Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas del Ministerio de Cultura

Jóvenes y Alcohol

Conjunto Didáctico-Audiovisual
para Educadores, Psicólogos,
Padres y Colectivos Mediadores

Carlos Sirvent Ruiz
María de la Villa Moral Jiménez
Francisco Javier Rodríguez Díaz

© Carlos Sirvent Ruiz

María de la Villa Moral Jiménez

Francisco Javier Rodríguez Díaz

© Derechos de edición:

Nau Llibres - Edicions Culturals Valencianes, S.A.

Tel.: 96 360 33 36, Fax: 96 332 55 82. C/ Periodista Badía, 10. 46010 Valencia

E-mail: nau@naullibres.com web: www.naullibres.com

Diseño de portada e interiores:

Pablo Navarro y Artes Digitales Nau Llibres

Imprime:

Guada Impresores S.L.

ISBN13: 978-84-7642-748-4

Depósito Legal: V- x.xxx - 2007

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del “Copyright”, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidas la reprografía y el tratamiento informático.



Índice

Introducción	
Historias de sensibilización.....	9
Mi hipocresía	9
Presión grupal.....	10
Problemas y complejos: El alcohol como bálsamo	11
Alcohol y diversión: hedonismo e inercia	11
Alcohol y desinhibición.....	11
Alcohol como automedicación	11
Beber por costumbre.....	12
Capítulo 1.	
Adolescencia. Análisis e interpretación psicosocial	13
1. Qué es y qué no es la adolescencia.....	13
2. Exposición de ciertos estereotipos sobre la etapa adolescente	14
2.1. Crisis de la adolescencia vs. crisis de la sociedad.....	14
2.2. Sturm und Drang y crisis de identidad generalizada.....	16
2.3. Alusión al enfrentamiento generacional (mito del vacío intergeneracional).....	18
3. La Adolescencia y su desarrollo psicoevolutivo	19
3.1. Etapas básicas.....	19
3.2. Características del adolescente	23
4. La adolescencia como construcción social	24
5. Crecimiento y comportamiento en la adolescencia	27
5.1. Socialización y valores	27
5.2. Prolongación de la socialización y consecuencias psicosociales	28
6. Trastornos psicoafectivos y emocionales e implicaciones psicosociales ..	29
6.1. Trastornos del estado de ánimo	29
6.2. Identidad o autoimagen corporal y drogas	32
6.3. Adicciones sin droga en adolescentes contemporáneos	33
Capítulo 2.	
Jóvenes y alcohol	35
1. Experimentación con alcohol. Mitos y realidades.....	35
2. Hábitos de consumo.....	36
3. Factores de riesgo y de protección.....	39

4. Indicadores de consumo	40
5. Físico y psicopatología del alcoholismo juvenil	42
5.1. Generalidades sobre el alcohol: absorción, metabolismo, tolerancia y dependencia	42
5.2. El proceso de convertirse en alcohólico	42
5.3. Efectos clínicos.....	43
6. Trastornos médicos en jóvenes consumidores de alcohol	48
7. Morfotipos de jóvenes consumidores de alcohol.....	51
8. Resultados estadísticos sobre el alcoholismo en la adolescencia.....	54
 Capítulo 3.	
El proyecto <i>Jóvenes y alcohol</i> : una propuesta didáctico-preventiva.....	57
1. Intervalo temporal que abarca el proyecto.....	57
2. Fundamentación del proyecto.....	57
3. Presupuestos teóricos de análisis: ideas básicas	62
4. Objetivo general y objetivos parciales de la investigación	62
5. Método de la investigación	63
5.1. Muestra: análisis descriptivos.....	63
5.2. Variables investigadas e instrumentos de evaluación	66
5.3. Procedimiento y análisis de datos	68
6. Resultados del estudio empírico.....	69
6.1. Motivadores de consumo de alcohol	69
6.2. Razones que impulsan a nuestros adolescentes a beber o a mantener conductas de no-consumo	70
6.3. Análisis de los riesgos percibidos	72
6.4. Actividades de ocupación del tiempo libre	74
6.5. Frecuencia de consumo	75
6.6. Análisis de las diferencias en el empleo recreativo del tiempo libre en función del uso/abuso autopercebido de alcohol.....	78
6.7. Análisis de las diferencias inter-género.....	78
7. Validación y verificación del conjunto didáctico.....	81
7.1. Investigación.....	81
7.2. Secuencia de la investigación	81
 Capítulo 4.	
Guía para la utilización del conjunto didáctico-audiovisual <i>Jóvenes y alcohol</i> ...	85
1. ¿Cómo intervenir?	85

2. Presupuestos y línea de prevención e intervención psicosocial y comunitaria	86
3. Formas de utilización del conjunto didáctico <i>Jóvenes y alcohol</i>	89
3.1. El vídeo o DVD	90
3.2. Actividad preventiva normal o estándar (1 sesión)	90
3.3. Trabajo preventivo completo (3 sesiones)	91
4. Beneficios del proyecto	92
Anexos	93
Anexo 1. Cuestionario	93
Anexo 2. Fichas de trabajo	100
Anexo 3. Preguntas a colectivos	102
Anexo 4. Conclusiones finales.....	108
Anexo 5. Valoración del vídeo Jóvenes y Alcohol.....	110
Anexo 6. Tablas Estadísticas.....	111
Anexo 7. Planteamiento para una nueva convivencia: Método de las Consecuencias Naturales y Lógicas (MCNL)	115
Referencias bibliográficas	119
Páginas web recomendadas	134

Introducción

Historias de sensibilización

Mi hipocresía

Durante la semana el tiempo se me hace tedioso y pesado. Es una monotonía: de casa al parque a ver a mis amigos, del parque a clase, de clase otra vez al parque y finalmente a casa a descansar. Lo único que rompe esta monotonía son las conversaciones que tenemos mis amigos y yo antes y después de clase. La verdad es que no son demasiado inteligentes, se suelen centrar en sexo, coches y cosas sin importancia. Rara vez nos planteamos alguna cuestión importante, como podría ser nuestro futuro, y las veces que algún valiente se atreve sacar éste o algún otro tema que nos haga pensar demasiado, la conversación acaba derivando en el tamaño de los pechos de su madre o la forma en que se lo monta su novia, si es que la tiene. A pesar de la falta de sinceridad en nuestros debates callejeros, he de reconocer que me lo suelo pasar de miedo con estas “discusiones filosóficas”, sobre todo cuando hablamos del fin de semana anterior, para ser exactos de los sábados. Éste es el tema dominante en nuestras charlas, desde el lunes hasta el miércoles, a no ser que haya ocurrido algo especial; entonces la hazaña será recordada de por vida. Aún hay tardes en las que se recuerda mi aventurilla en un portal.

Supongo que habrá gente que no verá nada especial en un sábado cualquiera y puede que tenga razón, es un día más de la semana. Pero para nosotros no es así, es algo muy especial, es el día de la semana que nos desmadramos; bueno, también lo hacemos algún viernes, domingo, alguna fiesta (más bien todas) y algún día de semana que nos aburrimos mucho; pero no es lo mismo que un buen sábado por la noche. Es una noche “mágica”, en la que todo es posible. Cuando digo eso de que todo es posible, no es una exageración. En el momento en que se esconde el sábado, todo cambia para nosotros; pasamos de ser unos simples chicos a ser prácticamente

te unos “dioses”. Claro que, para esta especie de metamorfosis, necesitamos una pequeña ayudita, una ayuda que ofrece el alcohol y de vez en cuando algún porro y, aún más de vez en cuando, alguna otra cosa que nos permita hacer viajesitos por otra dimensión.

Cuando nos emborrachamos o nos colocamos con cualquier otra cosa ya no somos nosotros mismos, somos diferentes, nos sentimos “bien” o, por lo menos, eso es lo que decimos el resto de la semana en nuestros coloquios, cuando recordamos nuestras aventuras de fin de semana. Contamos nuestras hazañas con orgullo; lo que más se oye es lo típico de: “vaya mangada el sábado” o “el otro día ibas como una moto” y cosas por el estilo. A mí estas expresiones me hacen mucha gracia, me hace gracia la cantidad de formas que hay de decir que una persona está borracha, pero no me hace tanta gracia cuando el que lo dice es médico y utiliza la expresión “intoxicación etílica”. Pero, a pesar de todo, yo cuento con orgullo en el parque que me tuvieron que llevar al hospital con un “viaje” (es la forma en que más me gusta decirlo) impresionante y me tuvieron que dar la B12. Bueno, la verdad es que omito ciertos detalles desagradables, ¿qué clase de tío sería si les dijera que tuve miedo? Yo no puedo llegar al parque y decirle a Faustino que estoy preocupado por él, que bebe demasiado o decirle a José que colocarse hasta llegar a vomitar sangre no puede ser bueno.

Me gustaría decirles que muchas veces tengo miedo a que llegue el “fantástico” sábado, que el primer trago que doy a la primera copa me produce arcadas; pero sigo diciendo que estoy deseando que llegue esa “fantástica” noche, y que adoro el Bacardi con Pepsi. El colmo de mi hipocresía es escribir esto para que gente como yo no haga lo que yo hago, y después ir al parque y decirles a mis amigos que tuve que hacer una mierda de trabajo sobre alcohol y drogas; supongo que nos reiremos a carcajadas, nos fumaremos unos porros y hablaremos de la borrachera del sábado.

Alumno participante en la *Campaña previene*

Presión grupal

Ahora en frío puede que lo reconozca: el alcohol es para mí un mecanismo de integración en mi grupo de ¿amigos? Nadie quiere sentirse excluido y cuando todos beben y uno decide no hacerlo se siente un “bicho raro” entre tanta “gente normal”. Así que, como todos los demás, hago concesiones a la espera de resultados. Merece la pena dejarse llevar. Aunque de vez en cuando tiendo a preguntarme que ¿a dónde?, las voces de los demás acallan mis dudas. Les necesito y el alcohol es la moneda de cambio que estoy dispuesto a seguir pagando.



Problemas y complejos: El alcohol como bálsamo

Quien como yo necesita de los otros para sentirse un “ser completo” consume alcohol como quien busca un bálsamo apaciguador de sus males. Vivo en un permanente laberinto del que no sé salir, como un hámster que da vueltas en la rueda creyendo que es divertido el hacerlo. Me temo que en los tiempos que corren ser abstemio me causaría más problemas, de ahí que apaciguo mi ansia y mi inconformismo ante el mundo bebiendo. Es el único momento que me iguala a los demás, dejando atrás mis complejos... O mejor aún, emborrachando unos problemas que a la vuelta del sueño dionisiaco seguirán estando ahí, me temo.



Alcohol y diversión: hedonismo e inercia

¡Fiesta, fiesta! Soy joven y busco agotar todos los placeres, experimentar sensaciones y transgredir normas. Simplemente quiero sentirme uno más metido en la historia. Salgo para beber y bebo para salir. Busco el “pedo” cuanto antes y permanecer ahí en ese puntillo que a veces traspaso. Estar en la cuerda floja es un riesgo que corro. ¿Que si tengo algún problema? No, el problema son lo otros que pretenden aguarne la fiesta. Yo nunca me convertiré en alcohólico. Eso es de perdedores. ¿Para cuándo dejar las locuras? *Fugit juventud*. Vivo como si fuera a morir hoy, pero pienso en vivir para siempre.

Alcohol y desinhibición

Con alcohol soy capaz de entrarle a las pibas, dejo a un lado mis complejos y neuras y soy el rey de la fiesta. Beber para ligar, ligar para seguir bebiendo. Al final uno pierde la cuenta de cuantos lleva y... empieza a volver a contar. Dicen que doy la vara cuando me pongo con unos cuantos de más, que cuento las historietas de siempre, que desbarro y que se ríen de mí, no conmigo, pero yo me siento como Dios. Es lo bueno que tiene el alcohol, que permite ver la realidad como a cada cual le interesa. Yo a lo mío... Voy a por aquélla.

Alcohol como automedicación

Una vez más ha cortado conmigo y yo me he dicho para mí: te vas a joder, voy a beber hasta ponerme ciega. Quiero olvidarte, necesito olvidarte apaciguando este dolor. El alcohol es un auténtico amigo que no me hace preguntas, ni me recrimina, ni me cuestiona o me da la patada. Me entrego a él como hacía contigo a la espera de que él sea más legal que tú... y no me dé la patada.



Beber por costumbre

Cuando beber se convierte en la actividad de todos los fines de semana, llega un momento en que uno se habitúa a esa forma de disfrutar. Yo no lo pienso, “los viernes se sale a beber” y si en algún momento me llegase a cuestionar lo que hago por inercia estoy convencido de que quizá disfrutaría de otro modo de mi tiempo libre. Pero ¿qué digo? Que mañana es jueves y hay que empezar a montar la del fin de semana. Va a ser bestial...



Capítulo 1.

Adolescencia. Análisis e interpretación psicosocial

Olvidar o negar a la adolescencia, sería fracaso; echarla de menos sería debilidad. Adorarla sería un error.
Debesse (1977)

1. Qué es y qué no es la adolescencia

La preeminencia del uso de estereotipos en la descripción del adolescente contemporáneo es muy frecuente. La adolescencia no es sólo una realidad, representa también un *mito*, una etapa de moratoria conflictuada, inextricablemente vinculada a las condiciones socioculturales que la definen. De este modo, el centrar la problemática del adolescente contemporáneo en cuestiones relativas a la búsqueda y redefinición de sus procesos identitarios, y en aspectos como la corporeidad o la identificación psicosocial, vinculando sus coordenadas vitales a condicionantes de índole macroestructural y crisis globales varias, representa una pertinente reinterpretación de las realidades juveniles, signos y síntomas de otros desajustes.

Mediante propuestas de estudios rigurosos y desmitificadores como éste ha de conceptualizarse la adolescencia como una etapa en la que coadyuvan una sucesión de crisis, a partir de las cuales se reafirma el estereotipo aplicado a este estadio. De ahí la necesidad de *repensar* la identidad de los trastornos de los adolescentes, no *personalizando* los conflictos, sino incardinándolos en las condiciones vitales y contextuales donde se manifiestan asociados a otras desregulaciones sociales. Ha de interpretarse la adolescencia como un período de experimentación, de cambio, de crecimiento a múltiples niveles.

Precisamente, la palabra *adolescencia* significa crecer, desarrollarse, dejar atrás, en el sentido de lograr la independencia psicológica y física en base a una responsabilidad y unos funcionamientos sociales cada vez mayores. Es una etapa de la vida entre la infancia y la adultez que implica transformaciones en las esferas biológica, psicológica, social y moral.

En dichas transformaciones podemos distinguir dos elementos: *uno positivo*, la fuerza ascendente de la personalidad que se acentúa, así como la vitalidad que se abre paso; y *uno negativo*, la falta de experiencia sobre la realidad. Como consecuencia de este aspecto negativo, este periodo de desarrollo va a caracterizarse por ser un marco de inseguridades, pérdidas, duelos, angustias y temores que condicionan el comportamiento individual y social de los jóvenes.

La adolescencia, pues, la entenderemos como *el periodo en el cual un niño se transforma en adulto y durante el cual descubre su propio cuerpo*. No se trata únicamente de un cambio en la altura, el peso, las capacidades mentales o la fuerza física, sino fundamentalmente de una transformación psicosociológica en su forma de ser, de una evolución en su personalidad que genera en ellos una cierta tensión cuyas causas, en muchas ocasiones, no se encuentran en el propio adolescente sino en la familia y la comunidad escolar. No todo es sufrimiento sin embargo, pues ante ellos se abre un mundo de descubrimientos.

Los adolescentes se ven inmersos en todo un proceso de cambio físico y hormonal, psicológico y psicosocial, pero son los cambios psicosociales los que, en cierta medida, modulan al resto.

Desde una *aproximación psicosociológica* de análisis de la adolescencia y la juventud, se enfatiza y prioriza la influencia de factores externos en el desarrollo psicológico de aquéllos. Multitud de circunstancias de índole psicológica, social y política condicionan y retrasan el final de la adolescencia. Desde un punto de vista psicosocial, la juventud se concibe como un *período de inserción en la sociedad adulta*.

2. Exposición de ciertos estereotipos sobre la etapa adolescente

2.1. Crisis de la adolescencia vs. crisis de la sociedad

La supuesta crisis de la adolescencia ha de vincularse necesariamente a la crisis de la sociedad de nuestro tiempo, ya que cualquier referencia a normas de actuación de la sociedad influye sobre la constitución de la propia identidad. Por otra parte, las crisis de la adolescencia no han de ser calificadas como algo indeseable, puesto que el conflicto es necesario para todo cambio individual y grupal. Según Canal

(1966), en ningún caso se podría hablar de crisis, sino más bien de un período de crecimiento muy intenso de todo el ser, de modo que no ha de suponerse que sea un fenómeno general de carácter absoluto. Por tanto, no encontramos motivo para definir la adolescencia como *la edad de la crisis*, sino más bien como *la edad del desarrollo*; aquí sí, evidentemente, se ha de convenir que el adolescente es un ser que crece a diferentes niveles.

En sentido figurado, a la sociedad contemporánea se le aplica el calificativo de *sociedad adolescente en crisis* (Moral y Ovejero, 2005a), de manera que más que hablar de ese período individual, típicamente adscrito a los adolescentes, de *Sturm und Drang*, diversos escenarios sociales se impregnan de semejantes indicadores de *tormenta y agitación*.

En consecuencia, se apela a la propia crisis de la sociedad, ya que “los adolescentes han pasado a protagonizar un diálogo directo con el *fluir* de una sociedad en estado adolescente, dañada también por su propia crisis de originalidad” (Orive, 1972: 15). Hace ya varias décadas, G. Robin aludió a la crisis de la sociedad llevando esta expresión al extremo al afirmar que “no son los jóvenes los que están enfermos, sino la época en que viven”. Y es que abundan los desórdenes a nivel global en esta sociedad contemporánea que atraviesa por crisis y desregulaciones varias. Ello afecta a las propias crisis del adolescente, en condiciones de moratoria como los actuales.

Vivimos tiempos finiseculares de cambios en los (des)órdenes personales, sociales y macroestructurales, cuyas consecuencias afectan a la esfera socioafectiva y los estereotipos acerca de la emotividad soliviantada de los adolescentes contemporáneos. Semejante *mundo desencantado*, en los términos empleados por Ritzer (2000) o *desvocado*, calificado de este modo por Giddens (2000), se sirve de señuelos distractores para apaciguar males individuales y contagiados socialmente. Parece extenderse el sentimiento generalizado de *desánimo* asociado a la condición de la sociedad contemporánea, calificado así por Sabrovsky (1996). Se intercambian afectos en un mundo en el que interrogantes personales engrosan las incertidumbres derivadas de *lo incierto que no se puede canjear*, en los términos expresados por Baudrillard (2000), lo cual abunda en renovadas formas del nihilismo del valor mismo. En la esfera psicosociológica, se suceden e interrelacionan estados de emoción exacerbada y de apatía, de conformidad simulada y de exclusión grupal, de sobreactivación y de ociosidad; de cambio y permanencia, en suma (Moral, 2002).

Una desvinculación de la entidad de las crisis de los adolescentes contemporáneos de las desregulaciones de su entorno sociocultural sería absolutamente inadecuada, dada la naturaleza psicosocial del individuo. Además, hemos de ser conscientes, tal como puntualizó con acierto Lozano (1996), que la pretensión de rigor y objetividad científica puede inducir a atribuir de forma exclusiva los problemas a los adolescentes que los sufren, de manera que la aplicación de los instrumentos de diagnóstico, mayoritariamente de forma individual y fuera de contexto, lleva a

suponer que la *causa* del problema está dentro de ellos, obviando la multitud de influencias externas que modulan los trastornos aludidos. De acuerdo con la advertencia de Funes (2003), se ha de abogar por la desmitificación de este estadio psicosocial, no considerándolo de base como un problema en sí mismo.

El enfrentarse adaptativamente a estos cambios pubertarios, emocionales y psicosociales constituye el recurso mediante el cual se reformula paulatinamente una identidad personal y social condicionada por las exigencias del grupo (Deschamps y Devos, 1996; Huici, 1999), así como por los imperativos sociales y giros en las dinámicas interpersonales (Myers, 2000) en las que el individuo está inmerso en estas sociedades postindustriales (Esping-Andersen, 2000, Wallerstein, 1999) caracterizadas por un declive en el estado de bienestar (Muñoz, García y González Seara, 2000), con la consiguiente relativización de valores comunes y surgimiento de crecientes desigualdades en condiciones de *bienestar estancado*, en los términos de Lafontaine y Müller (1998).

La responsabilidad individual hacia la propia salud, tanto en el adolescente contemporáneo como en cualquier otro individuo, en condiciones de revalorización de la importancia del estado de bienestar holístico (físico, psicológico y social), ha de ampliarse a una corresponsabilización comprometida de la propia salud socio-comunitaria, problematizada por otros desórdenes globales.

Ha de quedar suficientemente explicitada la concepción de adolescencia como fenómeno sociocultural de modo que, en estas condiciones entrópicas a muy diversos niveles de la sociedad contemporánea, las crisis de la adolescencia y de la propia sociedad y sus coordenadas definitorias se retroalimentan.

2.2. Sturm und Drang y crisis de identidad generalizada

Varios autores griegos, entre ellos Platón, llegaron a definir la juventud como una época de emotividad soliviantada, si bien se debe a Stanley Hall (1904) la adopción de los términos *Sturm und Drang* de la literatura alemana. Este autor consideraba los impulsos antitéticos de entusiasmo prometeico, por un lado (energía, exaltación, euforia, etc.), y, al mismo tiempo, hablaba de un profundo *Weltschmerz* (melancolía wertheriana) como característico del período adolescente. Por otra parte, Muuss (1966) recoge, entre otros, la opinión de Hollingworth (1928), quien concibió el desarrollo psicosocial de los adolescentes como un proceso gradual y continuo, en abierta oposición al *mito folklórico* de la idea de tormentas y tensiones. Precisamente por ser la adolescencia una etapa de *tempestad y calma*, el generalizar y aplicar el calificativo de *período de crisis* es exagerado por lo que el autor apunta que es más exacto hablar de *las crisis* que aparecen durante el período de adolescencia.

Lo cierto es que desde la aparición de la obra de Stanley Hall se han sucedido innumerables –y quizás excesivas– aportaciones, la mayoría de las veces carentes del

rigor científico preciso, sobre las supuestas *convulsiones* incontroladas e incontrolables del período adolescente. Estas cuestiones no pueden darse por supuestas, ya que representan un error fundamentado en los propios condicionantes histórico-sociales del renovado interés literario por parte de los filósofos alemanes del siglo XIX.

En la pubertad suelen presentarse tres crisis *hacia afuera* que redundan en la conquista de la madurez biológica: la de crecimiento físico, la afectiva como inconformidad permanente con los adultos y consigo mismo y la crisis de la sexualidad; éstas se reformulan bajo la apariencia de crisis *introspectivas* de autoafirmación e independencia del yo y crisis de las ideas en el terreno moral o social en la adolescencia media, resultando excepcional la manifestación de crisis agudas relacionadas con depresiones y problemas mentales, tal y como se evidencia en el análisis de Castillo (1999). Y, si bien la adolescencia tardía habría de presuponer la *salida de la crisis*, se tiende a un estancamiento en su proceso de inserción que, aunque no es traumático, puede ser exponente de la *dramaturgia* de la moratoria psicosocial. De ahí, y de otras muchas puntualizaciones coadyuvantes, se impone la necesidad de considerar la adolescencia como un fenómeno psicosociológico con profunda raigambre sociocultural.

Hay visiones contrapuestas respecto a la veracidad y consistencia de la extendida visión de la adolescencia como *tiempo de conflictos*. El postadolescente, que ya es un adulto somática y psicológicamente, se encuentra ubicado en unas condiciones sociales que no van acordes con este desarrollo en otras áreas. Coleman (1993) expuso que la adolescencia en el plano social representa un período enormemente conflictivo e incluso concibe como apropiada la idea de considerarla como un período turbulento, máxime hoy día, momento en el que el adolescente se enfrenta a un mundo cambiante. A este respecto se podría apuntar la existencia de dos concepciones básicas: para unos, la adolescencia es un período de transición, inestabilidad, inmadurez, problemas de adaptación, falta de seguridad, idealismo, etc.; así, “la juventud es siempre revolucionaria, aun cuando ella misma no sabe contra qué se resuelve propiamente” (Spranger, 1977: 189); para otros, la mayoría de los jóvenes son personas normales y responsables, de modo que es injusto conceptualizar las subculturas juveniles en función de semejante estereotipo o del comportamiento incoherente de algunos jóvenes (Castillo, 1997, 1999; Moral y Ovejero, 1998a, 2005a).

Semejante énfasis en la proclividad de la aparición de fenómenos psicopatológicos en este período vital ha cedido paso a nuevas concepciones basadas en investigaciones, más o menos rigurosas, de las últimas décadas. Baste recordar la acertada calificación de *mito* aplicada por Bandura (recogido por Fierro, 1985: 46) a la consideración de la adolescencia como supuesto *período tempestuoso*, de modo que podría hablarse de una profecía autocumplidora, dadas las indebidas generalizaciones en la percepción social y el persistente sensacionalismo de ciertos medios de comunicación que han contribuido a afianzar este supuesto.

Este hecho ha contribuido durante décadas a extender unas interpretaciones de los cambios físicos, emocionales y sociales que, sin duda, se producen en el adolescente, pero que no contribuyen sino a fomentar la imagen del período de rebeldía sin causa, de conflictos irresolubles, de ardiente juventud, de enfrentamiento generacional, de banalización de las responsabilidades, de loca juventud, etc. Y sin embargo, enfrentarse y/o adaptarse a estos cambios físicos, emocionales y sociales, al menos en las sociedades industrializadas de hoy, constituye el recurso mediante el cual se conforma paulatinamente una identidad personal y social condicionada por las exigencias, tanto de grupo como sociales y económicas, de la cultura en la que el individuo está inmerso.

Tales crisis han de ser interpretadas como forma de tránsito de una situación de equilibrio a otra, como construcción de un nuevo equilibrio –el equilibrio “positivo” de la condición adulta– y no una mera restauración del equilibrio perdido propio de la condición psicosocial infantil. Se conviene en afirmar que, a pesar de la aceptación común de que durante la adolescencia tiene lugar una crisis de identidad personal acompañada de sentimientos de estrés, ansiedad, frustración, conflicto, etc. y de que, por tanto, el desarrollo de la identidad personal *no siempre avanza sin tropiezos* (Herbert, 1988), se ha de poner en tela de juicio la idea de una crisis de identidad generalizada y generalizable a todos los adolescentes. Asimismo, la juventud ha de ser concebida como condición dinámica y como una condición social heterogénea, es decir, un modo de transición social idiosincrásico y producto singularizado de diversas tipologías y subculturas juveniles.

En suma, más que engrosar acríticamente la conceptualización de un período mistificado de tensión por excelencia, ha de convenirse en la acepción de crisis como *cambio*, manifestándose desajustes en la conformación de la identidad en los adolescentes contemporáneos que tienden a resolverse adaptativamente.

2.3. Alusión al enfrentamiento generacional (mito del vacío intergeneracional)

A consecuencia de los cambios de las últimas décadas, se ha producido una evolución, sin duda necesaria, en las formas tradicionales de educación. Los padres se sienten desorientados ante la creciente independencia de sus hijos, a lo que se une, aunque no en la intensidad y generalidad desproporcionada propia del mito del vacío intergeneracional, que “el joven, como resultado de su búsqueda de identidad como adulto, ha atacado frontalmente los modelos paternos, [...lo cual] puede dar como resultado en éstos un golpe a su autoestima, que tal vez contraataquen al ‘ingrato advenedizo’, intensificándose las hostilidades a raíz de esta conducta retributiva. [El joven] tal vez necesita menospreciarlos en la búsqueda de su propia identificación, pero no desea destruirlos como modelos” (Rodríguez, Simargo y Zurita, 1986: 74). En efecto, los jóvenes, a pesar de su aparente –o real– oposición

a los dictámenes paternos, siguen precisando modelos con los cuales identificarse, a pesar de su estado de *cautividad en la adolescencia* (Castillo, 1997, 1999). Éstos les serán proporcionados por la familia y por el grupo de iguales, conformadores en buena medida de su identidad psicosocial.

En la adolescencia, se produce una *ruptura con los modelos de conducta de la infancia*, ruptura necesaria ya que representa la adquisición de nuevas pautas de actuación coherentes con el nuevo estatus adolescente. Ahora bien, como ya hemos comentado, se ha enfatizado (acaso en exceso) el supuesto y radical enfrentamiento generacional. Más que en las dificultades que los jóvenes encuentran para “articularse” con las generaciones precedentes, el llamado *problema o conflicto intergeneracional* se concentra en las dificultades de las relaciones entre la generación de los hijos y la de sus progenitores (Zárraga, 1985): enfrentamientos, tensiones o meras discrepancias que jalonan las relaciones entre ambas generaciones a la hora de aceptar ciertos roles, condicionantes o valores sociales relevantes y representativos de una generación u otra. Incluso Oscar Wilde, llevándolo al extremo, sentenció: “Los niños empiezan amando a sus padres; después les juzgan; rara vez les perdonan” (El retrato de Dorian Grey).

Existen cambios en las relaciones personales entre padres e hijos: *cambios* en el trato personal (debilitamiento de convivencia y comunicación), *cambios* en las relaciones afectivas (descenso de la intensidad de los afectos) y *cambios* en las relaciones ideológicas (desidentificación). Parra y Oliva (2002) señalan que, en algún momento entre la infancia y la adolescencia, la comunicación entre los hijos y sus progenitores se deteriora, es decir, pasan menos tiempo interactuando juntos, hablan menos de sus asuntos espontáneamente y la comunicación se hace más difícil, todo ello como resultado de un reajuste de poder –los conflictos más cotidianos suelen ser la forma de vestir, la hora de llegar a casa o la distribución de las tareas en el hogar– que ha sido descrito como una figura en forma de *U invertida* –aumento de la conflictividad entre la adolescencia inicial y media y una posterior disminución llegada la adolescencia tardía–. Sin embargo, los jóvenes perciben la convivencia familiar caracterizada por ausencia de conflictividad.

3. La Adolescencia y su desarrollo psicoevolutivo

3.1. Etapas básicas

Es difícil delimitar las etapas de la adolescencia, debido a que el *tiempo físico* (*chronos* biológico) no se sincroniza con el *tiempo social* que se alcanza con retraso. Esto se evidencia aún más últimamente en que la brecha que separa la consecución de los efectos derivados del tiempo biológico y del social se hace más amplia, ya

que el postadolescente actual se convierte en un *adulto* (bajo criterios de edad) *infantilizado* (pues se ha ralentizado la adquisición de su condición de adulto social por vía de la inserción socioprofesional e independización del núcleo familiar). Actualmente se califica a este periodo de moratoria como propio de *cautividad en la adolescencia* (Castillo, 1997, 1999) aplicable a los postadolescentes contemporáneos (Moral y Ovejero, 2005a).

Una *adscripción cronológica* del desarrollo pudiera parecer lo más sencillo; sin embargo, apelar a este criterio como único elemento al que vincular la conceptualización de la pubertad, la adolescencia o la juventud, aparte de representar un reduccionismo, resulta una labor simple en su esencia, aunque compleja en sus formas. Ni siquiera existe conformidad entre los diversos especialistas para atribuir un espectro concreto de edad a cada uno de estos períodos. Incluso el calendario de la pubertad está interrelacionado con otras cuestiones, como la alimentación, vinculada a su vez a las propias condiciones socioeconómicas (Berger y Thompson, 1997).

La *regulación legal* de estas edades y de sus derechos y responsabilidades podría ser otro de los criterios de análisis empleado, pero la adopción de tales criterios no resulta suficientemente aclaratoria puesto que refleja la controversia generada a partir de la utilización de distintos niveles de adscripción.

En consecuencia, y únicamente con fines expositivos, una vez asumidas las limitaciones inherentes al criterio cronológico como adscriptor de diferencias y de lo evolutivo como marcador de condiciones sociales, procedemos a clasificarlas con los criterios de edad como demarcadores, avanzando ciertas ayudas que podemos prestarles.

Adolescencia temprana (11 a 14 años)

Características: Adaptación a la nueva imagen corporal, crecimiento físico y desarrollo de caracteres sexuales secundarios, búsqueda de independencia, relaciones homosociales e inicio de relaciones heterosexuales, con presencia de la masturbación.

Ayudas Positivas: Conocer sus puntos fuertes y sus debilidades, presentándoles la realidad de sus cambios, incidiendo en sus posibilidades y sus limitaciones, enseñándoles a diferenciar libertad de libertinaje; incidir en el valor del esfuerzo, fomentar la flexibilidad de sus relaciones sociales y el rechazo de influencias negativas, tales como aquéllas derivadas de la manipulación publicitaria del momento.

Adolescencia media (14 a 17 años)

Características: Búsqueda de individualidad e identidad; influencia externa de los grupos, con inicio de actividades sexuales y posible aparición de conductas de riesgo.

Ayudas Positivas: Ayudarles a adaptar su conducta a sus aspiraciones, desmascarar las manipulaciones publicitarias de consumismo, profundizar en sus deseos y en sus propósitos con decisión, evitar lo superficial, pero siempre eludiendo los enfrentamientos violentos y manteniendo la serenidad a toda costa, centrando toda la actuación en el desarrollo de relaciones interpersonales basadas en el diálogo.

Adolescencia tardía (de 17 a 21 años)

Características: Proyección hacia el futuro con planteamientos vocacionales y establecimiento de una verdadera intimidad con consolidación de creencias filosóficas, religiosas y espirituales, junto con una evaluación realista del propio potencial.

Ayudas Positivas: Enseñarles a escuchar y comprender a los que piensan de forma diferente, sin que ello implique necesariamente el abandono de sus ideas o de sus principios; a interpretar adecuadamente y reflexionar sobre los puntos de vista contrarios al suyo; a soportar contrariedades, buscando incidir en convencer de que *querer es poder*; es decir, que todo aquello que uno se propone en serio puede ser alcanzado.

Mediante la edad como criterio de adscripción estandarizante se contribuye a diferenciar a un púber de un adolescente temprano, medio o tardío, o a un postadolescente de un joven. Ello se realiza a pesar de que estas distinciones, como etiquetajes de los que se derivan diversos efectos asociados a las responsabilidades legales, obligaciones, oportunidades, etc., puede que resulten meras reificaciones con las cuales aumente la confusión asociada a las propias realidades del hoy, sus servidumbres y logros heredados de un pasado inmediato y las expectativas cuyo cumplimiento se prevé.

Hace décadas, Avanzini, en su libro *Los años de la adolescencia* (1971), aunque juzgaba que el criterio de edad no es enteramente despreciable, consideró que esos años no pueden marcarse en términos de edad civil, sino de una manera mucho más elástica y matizada. Debesse (1977), que contribuyó a esta disquisición basada en criterios de edad, planteó que la adolescencia es un período que dura, más o menos, desde los 16 a los 20 años. Es el período de *exaltación juvenil* que Platón definía como una *borrachera espiritual* y que Stone y Church (1980) analizaron en su obra: *El adolescente de 13 a 20 años*, apelando a las condiciones que definían a la sociedad de aquel momento como base explicativa de la *adolescencia larga*.

Cinco fenómenos que marca la cronología y, sobre todo, las condiciones sociales, en opinión de Castillo (1978), definieron al adolescente de hace un par de décadas: a) la precocidad en el desarrollo físico; b) el retraso en la incorporación a la condición adulta; c) la adquisición de la conciencia de grupo de los jóvenes, en oposición a los adultos; d) la influencia de los modernos medios de comunicación

y e) la repercusión de los cambios sociales de la sociedad postindustrial. De esta manera, tomando como referencia el sistema sociocultural, no existe un criterio unívoco que fije ni el principio ni el fin de la adolescencia sin incurrir en una indeseable simplificación. Autores como Nickel (1973a, 1973b, 1978) aludieron, tanto a la importancia relativa de los factores somáticos respecto de la imagen que de sí mismo se forja el adolescente, como a las relaciones entre la aceleración somática y el desarrollo psíquico.

Conocidos estudiosos de la adolescencia, como Coleman (1961, 1985, 1993, 2003), definen la pubertad como un acontecimiento *que corresponde a la vida física del cuerpo*. Otros autores, como Muuss (1966), han sostenido que el prolongado período de la adolescencia es un producto social, no meramente fisiológico, ni por supuesto de delimitación cronológica.

Desde el criterio de edad parece constatar, pues, la imposibilidad de definir períodos con límites temporales fijos. Sin embargo, desde ciertos estamentos, como la O.M.S., se ha intentado arbitrar, conviniéndose en ampliar hasta diez años, e incluso más, el período que abarca la adolescencia, distinguiendo entre la primera y la segunda adolescencia. La O.N.U. mantiene la clasificación en función de la edad, definiendo a los jóvenes como individuos con edades comprendidas entre los quince y los veinticuatro años, ampliable a los veintinueve, tal y como se deriva de otros informes.

Otras referencias tienden a aumentar la confusión del criterio cronológico, ampliando la franja de edad como consecuencia de la dilación del tiempo de espera impuesto a los adolescentes.

Nosotros consideramos que la *pubertad social* no es algo universal ni natural y la *pubertad fisiológica* es inductora de cambios en el estatuto del adolescente en ciertas culturas, dado los efectos derivados de su condicionamiento social. De esta manera, la pubertad física es una construcción social, de modo que conceptos como infancia y adolescencia son *invenciones de la sociedad*. Los imperativos socioculturales, políticos y económicos marcan, pues, el inicio y el fin de este período.

En el caso de las sociedades occidentales actuales, se amplía *extraordinariamente* el estado de adolescente, el tiempo de espera, el acceso a la condición de adulto, las posibilidades de formación asociadas a (in)satisfacciones institucionales, las búsquedas personales e inducidas, y un largo etcétera. De este modo, todo permanece auspiciado bajo la acción benefactora de renovadas deidades, tales como la reemergencia de lo dionisiaco (culto báquico) o la activación de la faceta *ludens* de lo humano, en un tiempo de ocio que se percibe como liberador y que apacigua este tránsito, que sin embargo pierde tal categoría al desvirtuarse su carácter inherente de transitoriedad (estadía). Los jóvenes contemporáneos sufren de desidia o de sobreactivación, al mismo tiempo que aumenta la moratoria. La capacidad del joven de *sufrir* (esperas, educaciones obligatorias, envites persuasivos, seducciones vacías, etc.) crece, aumentando su nivel de tolerancia y aceptando tal *impasse*

obligado como un período de formación necesario, una oportunidad para el disfrute lúdico, una permanente instalación en la dependencia a la que se ven avocados, una excusa para la invención de nuevas estrategias de resolución de conflictos, renovadas tentativas de soluciones personales ante sucesivas crisis, tendencias a beneficiarse de las seducciones, aprovechamiento de los adelantos técnicos, proliferación de contagios sociales, adecuaciones adaptativas a situaciones conflictuadas y otras tantos remedios que no son tales.

Debido a las muchas contradicciones y lagunas clasificatorias derivadas del empleo de meros criterios de índole cronológico desde los que se tiende a priorizar el uso de la *edad* como consensuado criterio de adscripción, se advierte la dificultad en el nivel de análisis. Los números, al fin y al cabo, también son interpretados y contruidos socialmente (véase Ibáñez, 1985), de modo que cada uno (re)interpretará la conveniencia de determinar el comienzo y fin de estos períodos atendiendo a unos límites móviles. A fin de cuentas, uno se percata de que aludir a tales *límites de edad* como criterio de análisis que contribuya a dilucidar la identidad de estos períodos es intentar definir un concepto a través de otro que precisa, asimismo, un consenso dilucidador.

3.2. Características del adolescente

Por lo dicho, la adolescencia aparece ante nosotros como un periodo de la vida tormentoso y emocionalmente agresivo. La idea de que se trata de una etapa plagada de frecuentes enfrentamientos entre unos y otros ha llevado a algunos autores a identificarla y caracterizarla por los duelos; es decir, se produce la pérdida del cuerpo infantil, de los roles infantiles y de la identidad, para pasar a luchar por la construcción de una realidad psíquica, la reconstrucción de los vínculos con el mundo exterior y una nueva identidad. Esta lucha tiene un final que llega cuando el infante empieza a desarrollar y asumir tareas de adulto joven, como por ejemplo, la elección y responsabilidad de un trabajo y el desarrollo del sentido de intimidad, que llevan al reconocimiento de sí mismo como ser adulto.

Independientemente del periodo cronológico que abarque, la adolescencia se caracteriza por diferentes realidades físicas, psíquicas y sociales:

- Cambios endocrinos y físicos que establecen los fundamentos de las respuestas emocionales y de la conducta consecuente y concurrente.
- Transición de la infancia a la madurez, que sirve como preparación e iniciación a la edad adulta, no siendo resultado independiente del lugar social que se adjudica a los adolescentes ni de la categorización cultural de este grupo de edad.
- El estilo cognoscitivo de la infancia da paso a un pensamiento abstracto e inquisitivo.

- Las hormonas hipotálamo-hipofisarias impulsan a la pubertad, en tanto las actividades psicológicas dan impulso a la adolescencia.
- La pubertad despierta una apreciación creciente de placer, acompañada de cambios corporales, afectivos, cognitivos, de valores y de relaciones sociales, aunque se cuestiona las implicaciones de un concepto como el de la identidad.
- Fuerte integración social en el grupo de iguales, pasando de la pandilla de un solo sexo a las pandillas mixtas, observándose el comienzo del proceso de emancipación familiar, en tanto el grupo va a permitir al adolescente practicar conductas, habilidades y roles que contribuirán a la construcción de su identidad adulta.
- Gran necesidad de reconocimiento y aceptación para formarse un concepto positivo de si mismo.
- Aparición de una moral autónoma, que se caracteriza por emerger de relaciones de reciprocidad y cooperación, y no de ser producto de la imposición de los adultos.
- Desarrollo dentro del sistema escolar o centrado en la búsqueda del primer empleo, viéndose, en la sociedad occidental, en la necesidad de depender de los padres.

Son cambios de un proceso intrasubjetivo que, al mismo tiempo, es posible definir como un problema intersubjetivo, de manera que la crisis adolescente se enmascara en una crisis familiar.

4. La adolescencia como construcción social

Cualquier condición social, representación, tendencia u objeto socioconstruido suele adquirir el estatus de realidad natural, amparado en el poder de la costumbre. Siendo así, se ha de aludir a las circunstancias sociales e históricas en las que se apoya todo proceso de *invención* de una condición social –llámesele estadio, *ethos* o generación como la adolescencia– que toma conciencia de serlo a raíz de acontecimientos externos mediante los que se posibilita la asunción de tal categoría. A pesar de la sinonimia de los términos aludidos, las perspectivas de análisis de la adolescencia quedarían incompletas si no se introdujese un nuevo nivel de definición antitética: *la condición natural versus la construcción social*.

Cualquier condición natural empieza a ser tal cuando se la descubre socialmente, cuando se la interpreta, se la domina y, una vez instituida, se la alimenta hasta naturalizarla y someterla a un proceso de subjetivación. De esta manera, la adolescencia ha de interpretarse como un fenómeno social, cultural e históricamente

determinado, siendo el adolescente producto y agente en todo proceso recurrente cognoscible de constitución e interpretación de la(s) realidad(es) negociada(s) con otros. Al proceder al análisis de los términos que conforman esta definición antitética, sólo se ha de incidir en la idea de estabilidad y permanencia del mismo, esto es, la situación en la que se encuentra un individuo y que difiere de la *disposición* en la mayor duración y estabilidad del mismo. Según Aristóteles, el *statum* es la cualidad que constituye una manera de ser estable y duradera de un ser. Tan sólo si vinculamos este término a la condición *natural* adquiere una acepción contraria a aquélla que se le atribuye a la adolescencia forzosa, duradera y estable, pero inventada y sostenida por las condiciones que definen y se derivan de las sociedades postindustriales.

Mediante el apelativo *natural*, contrapuesto al de *adquirido*, se dota a la adolescencia y a la juventud de un sentido relativo a lo intrínseco, normal y dado, conforme al orden habitual de las edades del hombre, exentas de afectación externa mediante la que se pueda incidir en su aparición o modular su curso, como categorías naturales y que existen sin más, sin juzgarlas, sin concebirlas como etapas de transición, definidas por oposición a otras, sin criticar sus condiciones existenciales o sin compararlas con otras edades que les pudiesen otorgar su categoría de *ser* completa. Ello supondría que a ambas etapas les corresponde –sin que sea obra del hombre, sino de forma genuina y no adulterada– un lugar propio, no inventado ni constituido, y asignado porque así le corresponde.

En esta línea, una vez criticada la conceptualización de la adolescencia como edad tormentosa de desarrollo no gradual y etapa de ambivalencias y enfrentamientos, se tiende a contradecir la condición cuasi-natural porque, por definición, lo natural siempre actúa sin brotes. A este respecto, se podría aludir al aforismo *natura non facit saltus*, mediante el que se hace referencia a que en la naturaleza todo procede por grados, sin ruptura de continuidad. La visión ingenua según la cual la naturaleza humana es la suma de impulsos innatos o disposiciones biológicas, o acaso de que es el mero reflejo de formas a las que se adapta sin oposición alguna en ausencia de constreñimientos *que obliguen*, ha de ser reemplazada por aquella visión que sostiene que es un producto de la evolución humana aunque con ciertos mecanismos de acción y reacción propios, esto es, singular y con capacidad interpretativa. De la relación dialéctica se nutren los conceptos y se (re)crean, de modo que surgen de una adaptación dinámica y reconstitutiva de la naturaleza humana en la estructura social.

El nivel de conceptualización opuesto al de *estado natural* es el de *construcción*. Bajo este nivel de análisis, se enfatizan los procesos simbólicos de definición, al mismo tiempo que se reconoce la acción de las convenciones sociales y culturales y, en función de éstas, la reproducción de las estructuras de poder y control. Construimos y negociamos las realidades *en/mediante* las cuales se forja el individuo. El

grupo, lo social, determina la conducta individual, e incluso su naturaleza tanto *naturalmente* socioconstruida como *natural*, si hubiere, condicionada socialmente.

La *sociedad juvenil* caracterizada por un ethos, con una permanencia forzosa en una condición creada como supuesto tiempo de espera, es enteramente moderna. La *juventud* (reificación en sus términos) es signo de los tiempos modernos y la actual postadolescencia es símbolo y síntoma de los postmodernos. Ello no obsta el reconocimiento, por otro lado de sentido común, de que siempre ha habido jóvenes, pero ha sido mediante el poder de acción de las estructuras sociales y de los mecanismos de influencia y control como se ha instrumentalizado el proceso reificador de tal condición existencial. Aun a riesgo de que pueda parecer una aseveración sesgada al distorsionar la representatividad de semejante estimación, los jóvenes de hoy son diferentes debido, fundamentalmente, a condicionantes e imperativos psicossociológicos marcados por procesos sociohistóricos y por la conformación de renovadas conciencias colectivas y conciencias particulares herederas de otras condiciones. La *invención* de la adolescencia se asoció, en parte, al interés de los investigadores.

Desde hace poco tiempo se la considera como un período digno de estudio riguroso, literario o científico, e incluso puede que la efebología contribuyera a convertir la adolescencia en semejante condición. En todo caso, se tiende a (re) construir su estudio como objeto de socialización normalizadora –como afirmación del orden social vigente y como producto social–, más que como análisis de sujetos atomizados agentes de cambio social. Se otorga *estatuto de ser* a un grupo que, precisamente, al percatarse de serlo y hacer propia la representación social correspondiente, construida intersubjetivamente, conformada a base de influencias interpersonales y sociales, *se naturaliza*, aviniéndose al estatuto que se le supone o rebelándose contra él. Pero, en todo caso, lo toma como referente y atiende o rechaza las prerrogativas que se le hacen como grupo social al que se le ha otorgado esa condición natural, extendiendo o renegando de su subcultura como identidad, que define lo que es apropiado, posible, normal, conforme, deseable o esperado en condiciones como las actuales.

Si esta realidad descrita se une a la pluralidad de discursos sobre la juventud, a la ideologización encubierta, a la problematización de las crisis vinculadas a otros desórdenes, a la aceptación de lo real como co-construido, a los (auto)controles ante las moratorias o a la prolongación antinatural del período de inserción como iniciación que se completa a base de ritualizaciones asumidas como condiciones naturales de tiempos de espera, se aduce como *circunstancias* coadyuvantes en las que se apoya la conceptualización de la adolescencia y la juventud como construcción social y como condición no universal, contrariamente al apoyo dado al discutido estatuto de verdad de la adolescencia como condición natural *per se*, a la que se reconduce su curso natural por caminos interceptados, e incluso puede llegarse a su desaparición “*natural*” –Orwell así lo preveía en su 1984– si las circunstancias lo imponen.

5. Crecimiento y comportamiento en la adolescencia

5.1. Socialización y valores

La búsqueda de identidad, la progresiva separación del núcleo familiar, el protagonismo del grupo de iguales, las elecciones vocacionales, etc. difícilmente se van a realizar sin un sistema de creencias en que apoyarse. Semejantes autopercepciones sobre uno mismo y sus referentes grupales se vinculan diferencialmente a la esfera socioafectiva, así como a las tipologías de valores, creencias y estilos de vida que practican los jóvenes españoles contemporáneos (Canteras, 2003; Comas y otros, 2003; Elzo, 2006; Feixa, 2003; INJUVE, 2006; Mendoza, Batista y Rubio, 2005; Moral, 2005; Moral y Ovejero, 2005a; Ruiz de Olabuénaga, 1998; Trabada, 2007).

Al mismo tiempo, se puede constatar que muchas conductas de riesgo están asociadas a una falta de compromiso y de sentido vital. Así, la realidad es que los adolescentes y los jóvenes participan, a su modo ciertamente, de los valores dominantes de la sociedad en la que viven, que, siguiendo a Elzo (2000), son, para la sociedad española, los que se muestran en la siguiente tabla, distribuidos en razón de la edad. En concreto, los jóvenes españoles valoran a la familia como agencia socializadora, son hedonistas (búsqueda del bienestar y del buen vivir) e individualistas y valoran positivamente la juventud, valores todos ellos imperantes en la sociedad española, extensibles a cualquier edad. Específicamente, otorgan un valor instrumental al trabajo, tienden a no asumir excesivas responsabilidades y siguen la máxima de “vivir en y para el presente” (*carpe diem*).

Ranking	Valores	Jóvenes	Adultos	Mayores	Todos
1	Importancia de la familia/pareja				x
2	Búsqueda del bienestar, del bien vivir				x
3	Individualismo				x
4	El trabajo como valor utilitario	+++	+++	+	
5	Tolerancia o indiferencia (según)	++	-	-	
6	La vida como espectáculo	++	+	+++	
7	Buscar seguridad (familiar, laboral...)	-	++	+++	
8	Culto y cultivo del cuerpo	++	++	-	
9	No asunción de responsabilidades	+++	+	+++	
10	Cuidado del cuerpo	-	+	+++	

Ranking	Valores	Jóvenes	Adultos	Mayores	Todos
11	Vivir en y para el presente	+++	+	-	
12	La juventud (ser joven)				x
13	Ser competitivo, funcional	+	+++	-	
14	Más localista, menos universal				x
15	Humanitarismo indoloro y lejano	++	-	+	
16	Demanda soterrada de fidelidad	+	-	+++	

X: Valor presente; -: Valor ausente; +, ++, +++: Intensidad de manifestación.

5.2. Prolongación de la socialización y consecuencias psicosociales

La interacción adolescente-medio o proceso de socialización, siguiendo a Zumalabe (1989), nos permite diferenciar dos momentos:

- a) el primero, marcado por la conflictividad (conflictos familiares, desadaptación escolar, crisis de criterios válidos con anterioridad, etc.) y
- b) el segundo, de reintegración y adaptación a su medio social.

Asumiendo esto y que el comienzo de la adolescencia pueda definirse físicamente, en la actualidad la imagen en boga es la de una *adolescencia prolongada* o *adolescencia forzosa*. Hablar de cronología en las circunstancias de moratoria que caracterizan a los jóvenes contemporáneos es ingresar en el *síndrome de Peter Pann*, pero a la inversa. Esto significa un anhelo por alcanzar cuanto antes la condición de adulto, que representa una *condición de ser*, no un estadio o estado incompleto. Esta aseveración choca frontalmente con la que sostiene quien se regodea de pertenecer a la *adolescencia forzada*, siendo lo habitual tanto la exasperación como la adaptación derivada de la asimilación de su cautividad en ese estado.

A pesar de la preparación del joven a múltiples niveles –cronológico, fisiológico, psicológico y psicosociológico–, la incorporación a un estado que se define en positivo (léase adulto) se va ralentizando y se instaura un estado ambivalente, un *querer ser y no poder*, vinculado a las condiciones definitorias de la actual sociedad postindustrial. Y es que en el actual *mundo de incertidumbres sociales*, donde nuestras concepciones se hallan esencialmente conectadas con un tipo de punto de vista, la única certeza que existe es la confusión general que se extiende al proceso investigador de esta condición socialmente construida, llámesele pubertad, adolescencia o juventud.

En el proceso de construcción del adolescente se imbrican todo tipo de mecanismos reguladores de procesos fisiológicos de índole metabólica y de carácter

social, legal y político, de condiciones personales y (macro)condicionantes externos, de desarrollo por brotes e insidioso y, entre otros, de símbolos y síntomas tanto de ambages personales como del propio malestar de la modernidad, aglutinándose cambios en momentos claves de su desarrollo que son producto de la interrelación de diversos factores. Metamorfosis interiores y cambios condicionados, posibilidades de búsqueda y hallazgos convenientes, transiciones y permanencias, tiempos reglados y moratorias se suman componiendo un singular producto.

A través del *chronos biológico* y del *tiempo social* como criterios a los que se recurre para la demarcación de este período vital, como fluencia de estabilizaciones y crisis, permanencias y cambios, progresos y estancamientos, advenimientos y moratorias tanto de lo físico como de lo afectivo y lo psicosocial, se sugiere la posibilidad de ofrecer una aproximación al estudio de la pubertad como *tiempo de cambios físicos*, de la adolescencia como *tiempo de lo psicoafectivo* y de la juventud como *tiempo de lo social*. Con todo, unos y otros tiempos, así como las condiciones de análisis, se interrelacionan, de tal modo que resulta forzado sugerir la preeminencia de los efectos derivados de uno o de otro, ya que el individuo es un producto singular conformado a base de imbricaciones de elementos constitutivos que se nutren de otros en una vinculación característica difícil de desentrañar.

6. Trastornos psicoafectivos y emocionales e implicaciones psicosociales

6.1. Trastornos del estado de ánimo

La enervante inseguridad derivada de las apremiantes búsquedas de identidad de los adolescentes contemporáneos se asocia a su estado de *cautividad* (Castillo, 1997, 1999), de modo que de su moratoria psicosocial se derivan consecuencias sobre su estabilidad personal, tales como las secuelas sobre la salud mental asociadas a la ralentización de su proceso de inserción sociolaboral (Álvaro, 2001; Blanch, 2001; Santos y Rodríguez, 1993). A este respecto, Martínez-Otero (1999: 112) asevera que la incertidumbre ante el futuro y las inseguridades del adolescentes contemporáneo asociadas al proceso recurrente de búsqueda y (re)definición de su identidad “puede mermar la salud mental de los adolescentes”.

La detección y diagnóstico de trastornos afectivos en la adolescencia se ha visto dificultado por los estereotipos referentes al *Sturm und Drang* aludidos con anterioridad. Por ejemplo, en el caso de la enfermedad maniaco-depresiva bipolar, es frecuente que se malinterpreten los episodios de manía o depresión. Es más, “todavía persiste la creencia de que el comportamiento aberrante, extravagante y alocado forma parte de la confusión adolescente o que la depresión es reactiva